

Guardando un pedazo de tierra

El trabajo de Miriam Médrez es una interesante reflexión sobre el ser humano y su relación con la tierra. Cuando se piensa en cerámica, automáticamente se relaciona con lo terreno. La cerámica y el barro, como ningún otro material, expresan el arraigado concepto de que el ser humano está enlazado a la tierra, proviene de ella, la constituye. Sin embargo, resulta interesante revisar este concepto genealógico. ¿A qué idea de tierra se refiere? ¿Desde dónde se piensa la tierra cuando se habla de esa relación milenaria? La mitología es el origen de este pensamiento y esa mitología nos enfrenta finalmente con una fantasía. En una situación de desventaja misógina, se identifico a la tierra con la mujer, relegada a procrear, la Madre Tierra, idea sexualizada del origen humano. La búsqueda del reencuentro con la tierra, más que pretender la deseada unión entre ambos, muestra y exhibe su irreconciliable separación original, la infinitamente dolorosa brecha que los separa para siempre. El arte de Miriam nos muestra esa abertura de manera tajante. Los seres que nos presenta enfrentados a viajes sin rumbo y sin final en la serie “De los Viajes” son criaturas de una feminidad inocente, “naif”, una feminidad sin feminización. Éste es ya el primer inicio de su índole incompleta. El viaje siempre ha representado, en la cultura occidental, una idea de falta. Idealmente terminaría al encontrar lo que se busca pero el viaje, bien lo sabemos, es interminable, al igual que la carencia. El ser humano construyó el concepto de tierra como el espacio mítico del que se adolece, su ser natural, arrancado, desarraigado. Hegel cuestionaba la idea imperante de naturaleza en su tiempo, misma que, a partir de la ciencia moderna, se define como un sistema no-humano, no racional: “Aunque todo es naturaleza, debe interpretarse desde el punto de vista humano (...) pues la naturaleza nunca puede llegar al nivel de hacer

juicios sobre sí misma”.¹

Lo simbólico nos separó definitivamente de la naturaleza, creó un mundo aparte del que ya no hay regreso. ¿Es ése el viaje que emprende la mujer que va en un capullo de acero, en la obra de Miriam, la impresionantemente bella nave-prisión de lo simbólico? Después de esta serie de viajes, Miriam llega a una orilla y ahí usa la naturaleza viva como obra, la amolda al antojo de lo simbólico del arte. En formas de cerámica con acabado de piedra negra de mármol, Miriam encierra pequeños cactus provenientes de desiertos cercanos. Separa a la naturaleza de sí misma y la convierte en metáfora de la creación: en mundo, como en el mito griego de Deucalión y Pirra, últimos sobrevivientes después de una catástrofe divina. Para que exista la nueva raza, deben crearla ellos mismos, ningún dios participa directamente de este prodigio, de les revela una fórmula divina pero el deseo “de crear mundo” es genuinamente humano:

“Y en el momento mismo de nacer, ven a otros sin formar y con sus miembros mal desarrollados, y muchas veces en un mismo cuerpo una parte tiene vida, pero la otra es tierra inerte.”²

Los ceramistas son Deucaliones, creando mundo, del fango, de la tierra. Solos, sin dioses ni oráculos, intentando llenar con tierra calcinada la enorme fisura que nos separa de nuestro propio origen mítico, fisura que, paradójicamente, es precisamente que nos hace humanos, seres de lenguaje, sacados para siempre de lo natural.

Oswaldo Ruiz
Monterrey, N.L.

1. Pinkard, Terry. Hegel. A biography. Cambridge University Press: Cambridge, 2000. P. 562-566
2. Ovidio. Metamorfosis. Alianza Editorial: Madrid, 2001. P. 80